

Neal Ascherson, *El Mar Negro. Cuna de la civilización y la barbarie*, Barcelona, Tusquets, 2001, 356 págs.

La complejidad del tablero geopolítico ruso y el exotismo de la temática del mar Negro otorgan un especial interés a este libro, debido a la pluma de Neal Ascherson, periodista de *The Observer* y del *Independent on Sunday* y autor de varios libros .

El original inglés de la obra que reseñamos –nacida de la lectura temprana de los textos del conocido historiador Mijail Rostovzeff– mereció el premio *Saltire Award* de 1995 y en él Ascherson se sumerge en las revueltas aguas de mar Negro para aportarnos un interesante panorama de la historia política de la región bizantina, aún considerada clave geopolítica mundial.

No es necesario recurrir a este escrito para recordar la trascendencia que el mar Negro (Ponto Euxinos) tuvo en el desarrollo del pueblo escita y otros bárbaros, como de su contacto con los helenos en su proceso migratorio, varios siglos antes de Cristo.

Por otra parte no abunda recordar que el mar Negro baña las costas de Rusia, Ucrania, Georgia, Turquía, Bulgaria y Rumania y tuvo participación activa en la vida, cultura e historia de estos países.

El autor efectúa interesantes consideraciones políticas contemporáneas aunque desordenadas, en un contexto histórico poco conocido y que muestra dominar, a la vez que narra un viaje por la región, acentuando los aspectos más cercanos al mundo ruso.

De alguna manera la obra está pensada como un análisis dialéctico entre civilización y barbarie, dos aspectos que Ascherson encuentra altamente expresados en la región, desde los orígenes de su historia.

El libro concluye con un párrafo atribuido a Jorge Luis Borges y

que el autor aplica a las características civilizatorias del mar Negro: “...En aquel imperio, el arte de la cartografía logró tal perfección que el mapa de una sola provincia ocupaba toda una ciudad, y el mapa del imperio, toda una provincia. Con el tiempo, esos mapas desmesurados no satisficieron y los colegios de cartógrafos levantaron un mapa del imperio que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos adictas al estudio de la cartografía, las generaciones siguientes entendieron que ese dilatado mapa era inútil y no sin impiedad lo entregaron a las inclemencias del sol y de los inviernos. En los desiertos del oeste perduran despedazadas ruinas del mapa, habitadas por animales y por mendigos; en todo el país no hay otra reliquia de las disciplinas geográficas” (pág. 318). Un mapa muy didáctico abre el libro y favorece la comprensión de su contenido y una breve cronología lo cierra.

A manera de conclusión digamos que esta obra nos invita a un viaje, que vale la pena de ser recorrido.

F. H.